

cesitaban descanso, indemnizaciones de lo que habían perdido y ser llenos con buena tropa antes de que pudieran entrar en línea. Ningun trabajo había que tomarse respecto de los cuadros de España, pues el día de su arribo á Maguncia, comenzaban á ejercer sus funciones y servian con ardimiento. Con estos cuadros preparaba Napoleon sobre el Rhin un ejército de reserva, al modo que sobre el Elba habia creado otro con los cuerpos antiguos.

Por último resolvió preparar igualmente un ejército de reserva para Italia. Se ha visto que fué dirigido allí el general Bertrand, á fin de organizar un cuerpo de cuarenta á cincuenta mil hombres con los numerosos elementos militares que desde 1796 habia acumulado Francia allende los Alpes, y que los cuadros del cuerpo del príncipe Eugenio, destruido en Rusia, vinieron á reorganizarse á mitad de camino, esto es á Augsburgo. Después de cumplir el general Bertrand su tarea, ya estaba en marcha al frente de muy cerca de cuarenta y cinco mil hombres, caminado habia con fortuna, salvo que un regimiento italiano, encontrando un destacamento de la misma nacion de vuelta de Rusia y oyendo sus relaciones, desertó casi todo. Aparte este incidente, el general Bertrand llegaba en buen orden y con tropas animadas de las mejores disposiciones. Pareciéndole á Napoleon muy distante Augsburgo de Italia, para reorganizar allí el antiguo cuerpo del príncipe Eugenio, mudó de dictámen, dirigió definitivamente á Verona los cuadros procedentes de Rusia, y destinó al cuerpo del general Bertrand los tres mil reclutas ya reunidos en Augsburgo, debiéndolos re-

eoger al paso. Ochenta batallones podian suministrar los cuadros enviados á Verona, reorganizándose durante la primavera y el verano. Seguridad habia de completarlos, hallándose llenos los depósitos de Italia de conscritos provenzales, languedocenses, saboyanos, piamonteses, corsos, todos excelentes, y reunidos ya hacia un año ó dos entonces. De cuarenta y ocho batallones se componia el ejército propiamente italiano, de los cuales habia en España siete ú ocho, y como veinte en Alemania. Otros veinte habia en Italia poco mas ó menos, ya completados sobre los mismos lugares, y que, unidos á los veinte y cuatro cuadros franceses procedentes de Rusia, debian presentar un total de cuarenta y ocho batallones. Medio habia de elevarlos hasta sesenta, agregándoles asimismo algunos cuadros franceses llamados de España y ya en camino del Piamonte, donde tenian sus depósitos. Con estos habia para proveer de un segundo ejército á Italia. Agregando el ejército napolitano, que Murat organizaba con esmero, y que le servia de consuelo contra los pesares que la severidad de Napoleon le causaba, se podian juntar ochenta mil hombres en Italia, para el caso en que Austria infundiese recelos.

Asi en Alemania y en Italia, además de los ejércitos que iban á entrar en línea, tenia Napoleon otros ejércitos apercebidos á servir de reserva y á reparar las pérdidas de la lucha. Verdad es que estaban compuestos de tropas muy jóvenes, si bien encerrados en cuadros admirables, y los cuadros forman el nervio de los ejércitos como es sabido. Además no eran menos jóvenes las tropas alemanas que la coalicion iba á oponernos, y si tenian

el entusiasmo patriótico en su abono, nosotros teníamos el sentimiento del honor militar exaltado hasta el último punto, á Napoleon á nuestra cabeza, y la fortuna con el deber de conservarla. De consiguiente las ventajas se hallaban muy en equilibrio. Solo nos faltaba aun caballería, segun se ha dicho. El general Bourcier, establecido en la baja Alemania, vió derrocados sus cantones, restringido por extremo de resultas de la insurreccion de las provincias anseáticas el campo de sus remontas, interrumpida toda la fabricacion de monturas á causa de la mala voluntad de los artifices alemanes, y casi anulados en sus manos los créditos con que estaba provisto por la imposibilidad de proporcionarse metálico ni aun con el papel de los mejores negociantes. Apenas se hallaba en disposicion de juntar la mitad de los treinta mil caballos de silla, ó de tiro con que habia contado. Sin embargo, tenia con que remontar doce mil ginetes, de los cuales seis mil estaban ya á caballo, repuestos de sus fatigas, y prontos á figurar en los cuerpos de los generales Latour-Maubourg y Sebastiani. De los depósitos del Rhin se podia sacar poco mas á menos igual número de ginetes montados, que se iban á juntar al ejército á las órdenes del duque de Placencia, siguiéndoles pronto otro contingente de parecida fuerza. Finalmente llegaban á la sazón los cuadros de la caballería de España y debian proporcionar nuevos recursos. Siempre se contaba con cincuenta mil ginetes para mediados de año, si bien era posible que hubiera diez mil á lo sumo á la apertura de la campaña. A Napoleon le daba esto muy poco cuidado, pues decía.—Darémos batallas de Egipto, y las ganaremos

como la de las Pirámides con cuadros.—Por si mismo habia trazado el plan de educacion de su jóven infantería, y prescribió que se le hiciera ejecutar la formacion en cuadro mas á menudo (4). Por tanto, si se exceptúa el retraso de la caballería, todo habia marchado con celeridad maravillosa, pues hacia lo mas tres meses que se trabajaba, y ya se podia caer con trescientos mil infantes y ochocientas bocas de fuego sobre sus enemigos avanzados hasta el Saale imprudentemente.

Se acaba de ver cómo España le habia proporcionado un plantel de oficiales y subalternos excelentes. Al menos sacaba este recurso, despues de consumirse para sostener tan deplorable guerra. Sin embargo, no habia querido debilitar mucho sus ejércitos de la Peninsula por la causa siguiente. En el fondo de su corazon habia renunciado á España sin decirlo, reservándose esta concesion, única á que se hallaba resignado, para decidir á última hora á Inglaterra á entrar en tratos. Toda su política estribaba en suma en desarmar al continente con sus victorias, y someterle á los arreglos territoriales de su agrado, y en desarmar á Inglaterra mediante un sacrificio en España; y fuera buena, si los arreglos territoriales que pretendia imponer al continente parecieran mas aceptables.

(4) Sobre este asunto existen cartas dictadas por Napoleon y curiosas y detalladas hasta lo sumo. Dos cosas y las mismas siempre deseaba que se enseñen á los conscritos; la formacion de cuadros, y luego el despliegue en línea de batalla, ó el repliegue en columnas de ataque al amparo del fuego de la division del centro. Estas manobras se debian ejecutar en el camino, de modo de utilizar el tiempo de las marchas.

De ser libre en sus determinaciones, el mejor partido bajo tal disposicion de ánimo se redujera á evacuar la España para restituirla á Fernando, y á sacar de seguida los doscientos mil admirables soldados que aun habia en esta comarca. Pero obrando de este modo, muy luego hubiera de combatir en el Mediodía de Francia á los ingleses, á quienes no hostilizara ya en España, lo cual se resentia de mucho mas peligroso, y soltara una prenda, que constituia su principal medio de negociar en el futuro congreso de Europa. Como por castigo de haber entrado en España habia que permanecer dentro de ella hasta cuando ya no se deseaba. Por consiguiente se necesitaba defenderla á todo trance, es decir, tanto como en 1809 y 1810, y cual si se quisiera conservarla.

A mayor abundamiento aprobaba la situacion nueva que allí se habia tomado, aun censurando amargamente las faltas que habian conducido á ella. Aprobaba que no se retuviese mas que á Valencia, Cataluña, Aragon y las dos Castillas, mitad la mas importante de la Península; pero queria que esta mitad se guardase de modo de rechazar lejos á los ingleses, si probaban á una nueva tentativa sobre Valladolid y Burgos, y aun que se les diera sobrada ocupacion para impedirles que emprendieran expediciones maritimas á las costas de Francia. No debilitado el mariscal Suchet le parecia bastante para defender el Ebro y la costa del Mediterraneo desde Barcelona hasta Valencia. Juntos los ejércitos del centro, de Andalucía y de Portugal, como lo estuvieron en la última campaña, le parecian bastantes para defender contra lord Wellington las dos Castillas. Solo daba importan-

cia suma á que estos ejércitos se acercasen mas unos á otros, y ordenóles que volvieran á pasar el Guadarrama, y no mantuvieran sobre el Tajo mas que la caballeria, y no conservaran en Madrid mas que una division de vanguardia, y se estableciera en Valladolid la corte. Delante de esta ciudad queria que se hallaran juntas las tres huestes, de modo que pudieran concentrarse y marchar sobre el ejército inglés en un abrir y cerrar de ojos. Tambien dispuso que se preparara un parque de sitio, que pudiera hacer recelar á lord Wellington una empresa sobre Ciudad Rodrigo, siempre con el objeto de fijarle en la Península. Solo una medida prescribió en contradiccion al parecer con tan juiciosas disposiciones, y fué la de tomar parte de estos ejércitos en caso necesario, para destruir á toda costa á las bandas, que desolaban el Norte de España, é interceptaban las comunicaciones con Francia en Navarra, Guipúzcoa, Alava y Vizcaya. Como un fatal disturbio y como un inconveniente político de los mas graves consideraba esta interrupcion de comunicaciones. Efectivamente, proponiéndose antes de mucho hacer á España objeto de negociacion y de trueque, deseaba poder decir que poseia la mejor mitad de ella sin disputa, y partir de este dato para apropiarse la Cataluña, el Aragon, Navarra, las Provincias Vascongadas, esto es, lo que se denominaba orillas del Ebro, y restituir lo demás á Fernando. Este ajuste habia pensado imponer á José, y dispuesto se hallaba á celebrarlo con Fernando y con los ingleses; pero guardaba su secreto para no revelarlo sino lo mas tarde y lo mas eficazmente posible (1).

(1) Este arcano ha permanecido oculto; pero ninguna

Con este designio y para tener comunicaciones seguras, fió el ejército del Norte al general Clausel, cuyo mérito nuevo y súbitamente revelado le habia sorprendido aunque desde lejos, y le facultó para atraer á sí una parte de los tres ejércitos concentrados en Castilla, á fin de que tuviese tiempo de destruir á las bandas antes de la época en que los ingleses acostumbraban á entrar en campaña; determinacion importante de suyo, y que podia tener graves consecuencias, segun se verá mas tarde. Sus disposiciones eran excelentes, si se exceptua la tal determinacion defectuosa á juzgar por el resultado. No habia quitado de España mas que unos treinta mil hombres al echar mano de los cuadros, y de doscientos ochenta mil hombres de efectivo, le dejaba doscientos mil combatientes, los mejores que á la sazón poseia Francia. Llamado habia al mariscal Soult, ya incompatible con la corte de Madrid, dando á José, además del mariscal Jourdan para aconsejarle, los generales Reille, Erlon y Gazau, para mandar á sus órdenes los tres ejércitos de Andalucía, del centro y de Portugal.

Tranquilo así respecto de España, satisfecho de sus armamentos á la parte de Alemania, se aprestaba Napoleón á partir tan confiado como en época alguna sobre el resultado de sus vastas combinaciones. Pero antes queria organizar su gobierno, para precaver un accidente efectivo ó solo supuesto

duda nos ha dejado sobre su existencia la atenta lectura de los papeles de Napoleón, de sus cartas, de sus notas, de sus órdenes administrativas y militares, y por esto no vacilamos en presentar como una certidumbre histórica el hecho de que se trata.

como el de que se habia servido el general Malet para reducir á prision hasta á ministros.

Ya hemos dicho que, pensando en coronar al rey de Roma este mismo invierno, é investir á Maria Luisa con la regencia, habló de este punto al archicanciller Cambacéres, único hombre en quien respecto de la política interior tenia plena confianza. Despues de reflexionarlo algun tanto no pareció oportuno coronar al rey de Roma en momentos en que los ánimos estaban poseidos de honda tristeza, ni atraer á Paris á los personajes mas influyentes de los departamentos, cuando se les necesitaba para las manifestaciones patrióticas á que era menester dar impulso. Aun quedaba la regencia, con que era fácil investir á Maria Luisa sin mucho aparato, para que en el caso de que se le llevara á Napoleón una bala, se pudieran unir los ánimos en rededor de un gobierno ya constituido y en plenas funciones. Segun lo hemos dicho, Napoleón, que habia hecho como emperador la campaña de 1812, queria hacer la de 1813 como general y hasta como soldado. Conocia la necesidad de proceder de este modo, y además le agradaba volver á figurar simplemente como hombre de guerra, porque la guerra era su arte predilecto, y una vez tranquilo acerca de la suerte de su esposa y de su hijo, á quienes amaba de veras, casi tenia á dicha tornar de plano, y por decirlo así, sin zozobra, al oficio de su juventud, al oficio que habia hecho sus delicias y su gloria. De consiguiente resolvió conferir la regencia á Maria Luisa antes de su marcha. Esta resolucion tenia tambien una ventaja de tanto precio como la de lisonjear al emperador Francisco, muy amante de su hija, aun cuan-

do lo fuera mas de su casa. En efecto, de presumir era que, si moria Napoleon sobre un campo de batalla, y quedaba Maria Luisa por soberana de Francia, esta contase por amigo á su padre. Hasta parecia probable, que si se realizaba este caso, no hallándose Francia debilitada como lo estuvo en 1814, se contentara la coalicion con arrancarla ciertos sacrificios, dejandola los Alpes y el Rhin por frontera.

Harto se comprende que Napoleon no pensaba en confiar el gobierno de su vasto imperio á Maria Luisa, buena y bastante sensata, pero del todo ignorante de los negocios del Estado, sino á un hombre de sin par buen sentido, de experiencia consumada, y de carácter algo menos débil que generalmente se le supone. Se adivina que hablamos del archicanciller Cambacères. Napoleon queria que estuviese al lado de Maria Luisa, y que lo gobernase todo bajo el nombre de esta princesa. Hasta muriera sin zozobra si terminada la guerra estuviera seguro de dejar durante diez años mas la minoría de su hijo y la ignorancia de su esposa bajo la direccion de este personage, en quien concurrían la delicadeza, el tacto, la circunspeccion, la sabiduría, á formar un superior hombre de Estado, no firme, atrevido y hablando alto, como se ve en los países libres, sino maestro consumado en el arte de las contemplaciones, al modo que se necesita en un país cual Francia que no puede ser gobernada, ni cuando no es libre, sin infinitas precauciones. Para una tarea de esta especie temia Napoleon á sus hermanos, y desconfiaba de sus pretensiones y de su humor inquieto, sobre todo durante una minoría.

Su desconfianza se habia acrecentado á causa de la edad, de un principio de infortunio, del abatimiento de los caracteres bajo el poder absoluto y de las lecturas históricas que habian llenado su juventud y que recordaba en su edad madura. Confiadísimo respecto de las cosas que dirigia personalmente, no vislumbraba mas que siniestras perspectivas despues de su muerte, sobre todo para su esposa y para su hijo. Enojado contra sus hermanos y contra su cuñado, que le contrariaban con su conducta, y á quienes maltrataba por extremo, se hallaba convencidísimo de que se disputarian el poder si dejaba un hijo en la infancia, y de que turbarian su minoría. A la larga habló de estas inquietudes con el principe Cambacères, y mostróse resuelto á adoptar las precauciones mas ofensivas relativamente á sus hermanos. Las constituciones imperiales negaban la regencia á las hembras, y la conferian á los tíos del emperador durante su minoría. Napoleon dijo atrevidamente al principe Cambacères que no queria que sus hermanos fuesen investidos con la regencia, y que pensaba conferirselá á Maria Luisa para que la ejerciera el mismo Cambacères bajo el nombre de la emperatriz. Su muerte en medio del fuego le parecia muy posible, y personalmente le asustaba poco, y aun podia no ser á sus ojos el peor de los fines. Así queria dejar un gobierno constituido del todo y en actividad plena antes de marchar á Alemania. Estas miras llenaron de susto al anciano Cambacères á pesar de lo lisongeras. Siempre habia comprimido su ambicion la prudencia, y el peso de los años le hacia aun menos ambicioso que nunca. Algunos goces sensuales, poco dignos de su gravedad, dis-

trajeron durante algun tiempo su alma pesada: ahora ¿quién pudiera creerlo? este espíritu, tan poco dominado por la imaginacion, propendia á la devocion extremada, y bien lejos de aspirar á gobernar un inmenso imperio, durante la ausencia ó á la muerte del gigante que le habia elevado, pensaba en abismarse en la piedad y en el retiro. Espantóse, pues, del papel que se le reservaba, y en presencia de Napoleon abogó por la causa de sus hermanos. Segun dijo, ante todo hubiera convenido excluirlos por una disposicion constitucional, y la historia enseñaba de sobra que las disposiciones de los soberanos difuntos, establecidas ó no constitucionalmente, no prevalecian contra las pasiones que su muerte desencadenaba casi siempre. Además José era bueno, adicto á Napoleon en el fondo, no tenia hijos varones, y probablemente pensaba en casar á una de sus hijas con el rey de Roma. Razones eran estas para no temerle y aun para considerarle digno de confianza. Gerónimo tambien era adicto á su hermano, y nada en proporcion por su edad para disputar la regencia. Luis habia desaparecido de la escena. A no ser como militar carecia Murat de importancia. De consiguiente no habia por qué infundiesen inquietudes, y convenia dejar la regencia á José, en cuyas manos seria poco disputada.—Ninguna de estas razones hizo á Napoleon fuerza, y apareció decidido á excluir á sus hermanos. No queria por regente mas que á su esposa, guiada por un varon hábil. Acto continuo habló el archicanciller á Napoleon del príncipe Eugenio, que jamás le habia dado disgustos, salvo por algo de indolencia, y que sin duda habia adquirido grande honor en la última cam-

paña. Al oír el nombre del príncipe Eugenio, sin embargo de lo afectuoso que se mostraba Napoleon al hablar de este personaje, se detuvo de pronto con apariencias de una reflexion inquieta y sombria.—Eugenio, dijo, es un hombre excelente; pero es muy mozo, y conviene guardarse de encender una ambicion excesiva en ese corazon, tan poco hecho á las pasiones del mundo.... ¡Quién sabe lo que vendria con el tiempo!...

Descartados así todos los príncipes imperiales y porfiando Napoleon siempre en su idea, forzoso fué buscar las formas menos ofensivas para satisfacerle. En lo de hallar formas nadie aventajaba por lo hábil al príncipe Cambacéres. Para excluir á los mas de los príncipes de la familia imperial, tanto de la regencia como del consejo de la misma habia una razon de las mas obvias y de las menos ocasionadas á disputa, y era la de estar en posesion de un trono extranjero. Con efecto, los príncipes reinantes fuera del Imperio podian tener intereses tan contrarios á los de Francia, que su exclusion del gobierno, en caso de minoria, se caia de su peso, y no podia parecer una de aquellas precauciones de desconfianza, ni uno de aquellos rigores excesivos, que inmediatamente borra un reinado al suceder á otro. Se convino, pues, en que por un artículo del senatus-consulta proyectado, se excluiria de la regencia á los príncipes sentados en tronos extranjeros á menos que abdicaran su corona, lo cual no ofrecia verosimilitud alguna, para ir á Francia á ejercer sus derechos de príncipes y de grandes dignatarios del Imperio. Otra disposicion naturalísima de igual modo estribaba en la preferencia concedida á la madre para

governar el Estado durante la minoría de su hijo. Aquí la naturaleza era una razón que hablaba á todos los corazones. A mayor abundamiento la política exterior acababa de añadir otra razón á favor de María Luisa, y era la ventaja de conferir el poder á una hija de los Césares, amada por el emperador su padre, y teniendo así títulos sagrados á la protección de la principal corte europea. Excluidos los hermanos de Napoleón sin injusticia y sin ultraje, constituida regente la emperatriz de la manera mejor motivada, se necesitaba darla un consejo de regencia y fijar sus atribuciones. Napoleón determinó que se compusiera de los príncipes de la sangre, tíos del emperador, de los príncipes grandes dignatarios, siempre á condición de que no reinaran fuera, y en el orden siguiente; el archicanciller, el archicanciller de Estado, el gran elector, el condestable, el archi-tesorero, el gran almirante. Este orden daba el primer lugar al príncipe Cambacères, y le aseguraba la principal influencia sobre los negocios. Además Napoleón se encargaba de asegurársela por medio de sus instrucciones secretas á la emperatriz mas de plano. Sobre todos los grandes negocios del Estado debía ser oído el Consejo, bien que no teniendo mas que voto consultivo.

Arregladas así las cosas en un proyecto de senatus-consulta, Napoleón hizo que se presentara al Consejo de Estado antes de llevarlo al Senado. Allí expuso de viva voz y con precisión y autoridad sus razones. Todos quedaron silenciosos, y aprobando al parecer sin reserva. No obstante, un individuo preguntó si convendría reparar una omisión del futuro senatus-consulta, confirmando la re-

gencia á la madre del emperador menor, aun cuando no fuese emperatriz viuda. Este caso pudiera ocurrir si Napoleón adoptara por heredero á un hijo de su hermano Luis y de la reina Hortensia. Esta princesa, despues de abdicar el rey Luis la corona de Holanda, vivia en Francia separada de su marido, y amadísima por la sociedad parisiense. Presentada la reclamacion evidentemente en interés suyo, fué apoyada por un jóven consejero de Estado, que gozaba de todo el favor imperial, el conde Molé. Napoleón rechazóla de una manera dura y perentoria, y ya no se trató del asunto. Al salir del consejo, dijo á Cambacères.—Ya habeis visto agitarse á los amigos de Hortensia! ¡Qué sería si yo muriese!...—Y no pudo contener un suspiro ante la idea de cuanto pudiera acontecer si desaparecia de la escena del mundo.

Adoptado fué el senatus-consulta por el Senado tal como fué propuesto. Por sus cartas patentes confirió Napoleón á la regente la plenitud aparente de la autoridad soberana, salvo la interdiccion de presentar leyes al Cuerpo legislativo y senatus-consultos al Senado, pero en la práctica restringió el uso de esta autoridad con precauciones bien calculadas, estableciendo que nada hiciera la emperatriz sin la firma del príncipe Cambacères. Además dióla por secretario de regencia, al prudente duque de Cadore, Mr. de Champagni, que debía desempeñar cerca de ella las funciones de ministro de Estado. De seguro no la podia rodear de mejores consejeros.

Con su nueva dignidad invistió á la emperatriz el 30 de marzo. Rodeado de los grandes dignatarios del Imperio, la recibió en la sala del trono, y

alli prestó juramento de haberse como buena madre, como fiel esposa, como buena francesa, en las augustas funciones que le eran encomendadas. Cumplida esta formalidad, despidió á la asamblea, solo retuvo á los ministros, é hizo asistir á la emperatriz á un consejo, donde se trataron los mas graves negocios. Apareció atenta, curiosa, y no desprovista de entendimiento. En los dias sucesivos siguió llamándola á los consejos que eran celebrados, discutió delante de ella sobre todo, y cuidó de iniciarla personalmente en el gobierno. Durante este corto aprendizaje indicó á los encargados de dirigirla lo que convenia ponerla de manifiesto ú ocultarla. Recorriendo los partes de la policia, segregó algunos y dijo al archicanciller Cambacéres: —No conviene manchar el espíritu de una jóven con ciertos detalles. Os encargo que leais estos partes, y escojais entre ellos los que deban ser comunicados á la emperatriz (4).—Despues excluyó

(4) Véase una interesante carta al duque de Rovigo, donde se revela esta clase de cuidado.

Al ministro de Policia.

«Erfurt, 26 de abril de 1813.

»Mi intencion no es que entregueis directamente á la emperatriz los partes sobre cosas de policia. Esto no puede ofrecer ninguna ventaja, y si inconvenientes. La emperatriz es demasiado jóven para pervertir su espíritu ó inquietarla con detalles de policia. Asi solo entregareis al archicanciller copia de los partes que me enviéis; y el archicanciller solamente pondrá en su noticia lo que sea bueno que sepa, y tratando lo mas ligeramente posible de esta clase de asuntos.»

otra clase de asuntos, reservándosela personalmente, la del nombramiento de los oficiales superiores del ejército.—Ni vos, ni la emperatriz, dijo á Cambacéres, conocéis el personal del ejército; solo el ministro de la Guerra lo conoce, y no me inspira confianza. Si le dejara holgura, llenaria el ejército de individuos, con cuya adhesion no podria contar en manera alguna, y tendria que acabar por destituirle. Asi cuidareis de enviarme á firmar todos los despachos.—Laborioso el ministro Clarke, duque de Feltre, ásiduo á sus tareas, afectando adhesion, si bien empezando á dudar de la perpetuidad de la dinastia imperial, buscaba á cosa hecha futuros apoyos en todos los partidos. Violentamente habia roto con el ministro de Policia, y á Napoleon no le desagradaba hacer vigilar la fidelidad algo sospechosa del duque de Feltre, por el odio del duque de Rovigo, en cuya sinceridad tenia plena confianza.

Aspirando Napoleon en el momento de su partida á ganar amigos para su hijo y para su esposa, hubiera querido hacer una gran promocion de senadores, á fin de apuntalar con intereses satisfechos la quebrantada adhesion de considerable número de personages. Pero esta providencia ofrecia un peligro, que el penetrante archicanciller le puso de manifiesto. No habia mas que trece plazas vacantes y trece dotaciones disponibles en el Senado. Hacer mas nombramientos que vacantes, equivalia á obligase á dividir mas los recursos existentes, ó á aumentar las rentas de aquel alto cuerpo: no permitiendo la situacion de la hacienda adoptar este último arbitrio, y no queriendo usar del primero, por miedo de disgustar al Senado, so-

lo nombró Napoleon trece nuevos individuos, que no acrecentaron mucho la fidelidad de este cuerpo como se verá mas tarde. Además, prodigó las condecoraciones de la órden de la Reunion, y nombró duque al conde Decrés, á quien habia hecho esperar este título muy injustamente, pues este ministro no tenia la culpa de que durante la era imperial no hubiese alcanzado grandes triunfos la marina. Por sus ayudantes de campo eligió al general Corbineau, que milagrosamente habia hallado el paso del Berezina, y al ilustre Dronot que tan eminentes servicios prestaba en la artillería de la Guardia, con la cual se ganaban las batallas. No se limitó á ganar amigos á su esposa y á su hijo, sino que tambien aspiró á ahorrarles embarazos. Llamado habia al mariscal Soult de España, y permitido á Mr. Fouché que volviera á su senaduría. No quiso dejar ociosos en Paris á estos dos personajes y menos al segundo. Llevóse al mariscal Soult consigo, proponiéndose emplearle en su Guardia, y resolvió confiar á Mr. Fouché el gobierno de las provincias conquistadas, tan luego como volviera á entrar en los países alemanes.

Tres ó cuatro semanas antes habia dado término á la sesion del Cuerpo legislativo, haciéndole votar la ley de hacienda asi como la relativa á la venta de los bienes municipales. Interin los nuevos bonos de la caja de amortizacion se acreditaban entre el público, por la lista civil y el tesoro extraordinario compró como unos setenta millones de francos, lo cual era para Mr. de Mollien un buen socorro, al par que una notable disminucion de los recursos metalicos en las Tullerías. Segun su costumbre, envió algunos millones á Magun-

cia, cuya caja desconocian sus ministros todos, á fin de que no contasen con ella, y de tener allí medios para proveer extraordinariamente á lo que necesitaran sus tropas.

Antes de su partida tomó aun algunas providencias relativas al concordato de Fontainebleau. Sin negar el Papa la autenticidad de este concordato, y sin desconocer su firma, adoptó el partido de no ejecutarlo, si bien guardando el mas absoluto silencio acerca de sus intenciones. No hablaba de su traslacion á Aviñon, para la cual tampoco habia dispuesto nada; no ejercia las funciones del pontificado; no habia elegido ministro alguno para comunicarse con el gobierno francés, ni menos participado á las diversas cortes católicas que á Aviñon le podian enviar representantes acreditados. Tocante á las famosas bulas destinadas á instituir á los prelados nombrados por Napoleon, tantas veces anunciadas y esperadas ya hacia mucho tiempo, nada decia, y asi el gobierno de la Iglesia continuaba siempre en suspenso. Sobre estos diversos objetos, retornando Pio VII á un sistema de sutileza, que no era suyo propio, sino de sus consejeros, distaba mucho de declarar que pretendia renunciar al concordato de Fontainebleau y retractar su firma, pero parecia dar á entender que en el estado actual de las cosas, nada tenia de urgente la ejecucion de este ajuste, y afectaba sonar mas que nunca con su apacible retiro. Ello sí los personajes activos del partido de la Iglesia hacian á Fontainebleau muy frecuentes viages. Impetuoso como era Napoleon, estuvo á pique de echar á perder por medio de un escándalo toda la habilidad de la avenencia con el Padre Santo; pero me-